ALFONSO QUEREJAZU

Por Pedro Laín Entralgo

Este era el nombre de un ejemplar sacerdote católico que hace poco murió en Avila; que en Avila se nos murió a cuantos tuvimos el privilegio de ser amigos suyos. Y pienso que el mejor homenaje a su memoria tal vez sea exponer a cuantos no le conocieron las razones por las que ahora le he llamado «sacerdote ejemplar».

Tengo yo por ejemplar al sacerdote cuya actividad en el mundo se cifra ante todo en estos dos empeños: lograr, amando a los hombres, que éstos se amen verdaderamente entre sí, y, con el ejemplo y la palabra, al margen de las varias instancias coactivas del mundo (el poder y el dinero a la cabeza de todas), mover a quienes les rodean al ejercicio de abandonar alguna vez las seducciones y las urgencias de tejas abajo para enfrentarse responsablemente con aquello que conceda primer fundamento y otorgue último sentido a la existencia de cada cual. A mi modo de ver, todo lo demás es decididamente accesorio.

Accesorio, sí, pero no irrelevante. Porque ese modo básico o genérico de ser sacerdote, siendo tan necesario como suficiente para dar ejemplaridad al sacerdocio, se realiza en el mundo según distintos modos o caminos, y esto hace que el sacerdote pueda ser social y cristianamente ejemplar según pautas operativas muy diferentes entre sí. Tres veo yo en primer término: la intelectual, la socioeconómica y la artística. Según la primera,

la ejemplaridad del sacerdote, que ahora se especifica como teólogo, consistirá en ofrecer, todo lo eficaz y todo lo ejemplarmente que él pueda, las razones filosóficas e históricas por las cuales su personal manera de entender el fundamento de la existencia humana —el Dios personal uno y trino— y la raíz viva del amor a los hombres que él siente y promueve —la concepción de ese Dios como amor— son o pueden ser plausibles y aun atractivas para cualquier persona, incluidas las intelectualmente más exigentes y exquisitas. La pauta segunda tiene como materia principal, ya lo he dicho, las relaciones sociales y económicas entre los hombres, y se cifra en demostrar, mediante la palabra y la conducta, que la creyente aceptación de ese fundamento y ese sentido de la existencia es a la vez vía idónea para que la libertad florezca en la convivencia civil y eficaz imperativo —o imperativo convincente, si, a pesar del esfuerzo personal, uno no puede alcanzar verdadera eficacia— para que la más avanzada justicia social, tanto en el orden de la economía como en el de la cultura, prevalezca en el mundo en que el sacerdote vive y actúa. Una tercera pauta nombré, la artística, y ésta se realiza cuando el sacerdote es capaz de mostrar que su visión del mundo puede ser bien expresada en formas —costumbres, literatura, música, artes plásticas— estéticamente dignas, y cuando, por otro lado, sabe asumir como suyo, precisamente en tanto en cuanto tal sacerdote, todo el arte válido que los hombres hayan creado en su pasado y estén creando en su presente.

De manera muy firme y delicada supo ser Alfonso Querejazu sacerdote ejemplar, en el sentido que antes he llamado genérico o básico. A muy pocos he conocido yo de tan habitual modo dispuestos a respetar la realidad propia de las personas con quienes están hablando; más aún, tan constante, tan bondadosamente pertinaces

—bondadosamente, no pánfila o bobaliconamente— en la práctica de ver a los demás, altos o bajos, artistas egregios o mozos de comedor, intelectuales redomados o mozalbetes campesinos, según lo mejor que en ellos hubiese. Era esto en su vida una segunda naturaleza perfectamente incorporada a su ser personal; de manera tanto más meritoria cuanto que, por naturaleza primera, él distaba mucho de ser un pedazo de manteca y podía fácilmente caer ante lo zafio y lo indigno en uno de esos raptos súbitos del ánimo que nuestros clásicos llamaban «colerillas». Los pocos que aquel día oímos su vehemente apóstrofe, ¿podremos olvidar la energía sespiriana con que, en el mejor inglés, nos espetó el *Words, words, words!*, del centelleante y no siempre dulce cisne del Avon? No siendo niño, no pudiendo ser niño, porque había vivido mucho y en muchos sitios, como un niño, en la más evangélica significación de esta palabra, había aprendido a conducirse.

Un niño de sesenta o setenta años que hablaba perfectamente francés, inglés y alemán, y que en estas tres lenguas mayores y en la suya materna, un español, a la vez, de Madrid, de América y de Avila, no contando, claro está, las que su carrera sacerdotal le llevó a aprender, había leído más que de sobra para adquirir una excelente cultura teológica, filosófica y literaria. Ahí están sus libros para proclamarlo, ahí los varios decenios de su influyente magisterio en las aulas del seminario abulense. Desde Arenas de San Pedro hasta Arévalo, desde el Barco de Avila hasta Cebreros, ¿cuántos no son hoy los modestos curas rurales para quienes los nombres de Rilke y Valéry, Ortega y Zubiri, Toynbee y Eliot, son conocidos y significan algo valioso? Escribió Alfonso Querejazu ensayos de filosofía, de historia de la cultura, de teología; terminada la última línea de un tratadito sobre el Espíritu Santo —que, más que teo-

lógico, en el estricto sentido técnico de esta palabra, será, estoy bien seguro, místico y poético, espiritual, valga la redundancia— murió en la más rigurosa de las pobrezas voluntarias. Pero si, para definir y describir la pauta de la eficacia vital más propia de este sacerdote ejemplar, hubiese que elegir una, entre las tres mencionadas, yo no optaría por la intelectual, sino por la artística; y no porque nuestro ejemplar sacerdote fuese en sus escritos un creador literario o un estilista de la pluma —pudiendo haber sido esto último, muy deliberadamente no quería serlo—, sino por el íntimo y cristiano entusiasmo con que degustaba, sabía hacer suya y acertaba a difundir entre los demás la belleza, en cualquiera de las formas materiales de ésta: la palabra, el ademán, el sonido, el rito, la sonrisa, el silencio. Como cristiano, su primera devoción era el Espíritu Santo; varón de Pentecostés podría llamársele, ahora que su vida terrenal está definitivamente muerta. Como hombre de este mundo y este siglo, su veneración máxima se inclinaba, creo, ante Rainer María Rilke. Residió varios años en Suiza, allí se ordenó sacerdote y, más de una vez, hizo amorosa peregrinación estética —últimamente cristiana, siendo suya— a la tumba del eximio poeta, en Raron; y era de oír cómo rivalizaba con Juan Rof Carballo, también gran rilkiano y también peregrino a Raron, exhibiendo uno y otro sus respectivos recuerdos de las flores que brotan sobre la ceniza, ceniza con sentido, como la que de sí mismo anunciaba Quevedo, de uno de los máximos maestros europeos de la expresión poética. Amaba el canto gregoriano, y con él gustaba hacer cantar y cantar por sí mismo las viejas preces latinas al Paráclito:

Lava quod est sordidum,
riga quod est aridum,
sana quod est saucium.

Flecte quod est rigidum,
fove quod est frigidum,
rege quod est devium.

Preces que, dichas por él, debieron de ser benévolamente oídas, porque nada había en su alma que fuese sucio, ni seco, ni enfermo, ni rígido, ni frío, ni torcido.